





# EL DISCÍPULO



# EL DISCÍPULO

Emilio Ruiz Barrachina

con la colaboración de  
Guillermo Galván

Epílogo de Antonio Piñero



Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Quito • Santiago de Chile

1.ª edición: abril 2010  
© Emilio R. Barrachina, 2010  
© Antonio Piñero, sobre el epílogo y nota histórica  
© Ediciones B, S. A., 2010  
Consell de Cent 425-427 - 08009 Barcelona (España)  
[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Printed in Spain  
ISBN: 978-84-666-4326-9  
Depósito legal: B. 5.265-2010

Impreso por NOVAGRÁFIK, S.L.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

## Prólogo

El tema de la fractura entre un posible Jesús histórico y el Cristo de la fe me viene preocupando desde hace más de veinte años. Ya en el ensayo *Brujos, reyes e inquisidores* intenté analizar la estrecha relación existente entre política, religión y economía en la sociedad que nos ha dado por llamar occidental. Sociedad que, sostenida por estas únicas tres patas, no puede prescindir de ninguna de ellas para mantenerse en pie.

Cuestionar que los cimientos de cualquiera de estos tres pilares pudieran ser de barro equivaldría a poner en duda todo el funcionamiento del modelo social. Sin embargo, no es fácil adivinar, a poco que se indague y que se investiguen los estudios aparecidos en los últimos tiempos, tal como demuestra Antonio Piñero en el epílogo que acompaña a esta novela, que la religión cristiana peca de estar construida sobre intencionadas falsedades históricas.

Esta novela parte del guión escrito por mí para la película de igual título. Ambas, novela y película, narran la factible vida de un Jesús desprovisto de toda divinidad. El hilo conductor es la conversación que mantienen una tar-

de cualquiera, hacia el año 80, Lucas el Evangelista y Juan, el más joven de los discípulos, ahora anciano y al borde de la muerte. Ambos discuten apasionadamente sobre la religión que Pablo de Tarso, el maestro de Lucas, ha construido sobre la existencia de un tal Jesús el Nazareo (y digo bien, Nazareo y no Nazareno).

Se me ocurrió poner en marcha la producción de la película una vez leído el libro de Rafael Esteban *Juan, el discípulo amado*, no por la trama concreta del mismo, sino por otro de los aspectos que me interesó de la historia, que es la conflictiva relación entre Jesús y María, su madre.

Con estas bases y la asesoría científica de Antonio Piñero se levantó el proyecto del largometraje que es ahora una realidad.

Para la conversión del guión en este libro he contado con la inestimable colaboración de Guillermo Galván. El rodaje y la postproducción de la película no me permitían dedicar el tiempo necesario para que los diálogos y descripciones del guión se transformasen en novela, por lo que ha sido Guillermo el responsable de esta tarea. Podría afirmarse, por tanto, que estamos ante un libro escrito a seis manos.

*El discípulo* es una interpretación de los últimos y más serios estudios sobre la posible existencia de este nazir, Jesús, que fue ejecutado por sedición, aunque fuera realmente un guía espiritual. Cualquiera que se haya acercado con cierta seriedad a su vida afirmará rigurosamente que sobre Jesús es más fácil saber lo que «no fue» que adivinar los detalles de su devenir. La tarea de Pablo de Tarso para crear el dogma cristiano ha esparcido una densa niebla sobre la realidad histórica. No hay un solo dato fiable sobre Jesús fuera de los libros canónicos. Pero en-

tre la niebla se pueden atisbar, atendiendo a las costumbres y leyes de su tiempo, lo que pudo ser, si es que fue, la vida de un hombre que luchó, ante todo, por la libertad de su pueblo.

EMILIO RUIZ BARRACHINA



## Iesus

Porque Yahvé escucha a los pobres,  
y no desprecia a sus cautivos.  
¡Alábenlo los cielos y la tierra, el mar y cuanto bulle en él!  
Pues Dios salvará a Sión, reconstruirá los poblados de Judá:  
la habitarán y la poseerán; la heredará la estirpe de sus siervos,  
y en ella vivirán los que aman su nombre.

SALMO 69

*Éfeso, c. 85 d.C.*

Juan mira distraídamente por el ventanal, la vista fija en el Artemisión, aunque a su edad, sobrepasados ya los setenta años, poco más que una mancha borrosa distingue en la lejanía. Los mármoles de aquel templo y la verde ladera del monte Coreso que le sirve de fondo le parecen una misma cosa. Tampoco es que le importe mucho: ha visto demasiados ídolos a lo largo de su vida, y su cabeza está más pendiente de la voz que escucha en esa misma sala. Es la voz de Lucas, un anciano ciego cuyos ojos supuran por alguna desconocida infección que

ni siquiera la sapiencia médica del enfermo ha conseguido frenar.

Y es que Lucas parece empeñado en construir un nuevo templo con su voz. Un templo muy distinto al que más allá del río Cestro se alza en honor de Artemisa para hacer de esta ciudad motivo de envidia entre los paganos en todos los confines del Imperio. Un templo, el de Lucas, que no necesita de maestros constructores, ni de piedra ni argamasa. Un santuario que puede ser levantado entre las cuatro paredes de una cómoda vivienda con el único poder de la palabra.

—El niño crecía y se desarrollaba mientras iba adquiriendo sabiduría, y sobre él se manifestaban las complacencias de Dios —dicta Lucas, y un escribano de mediana edad transcribe sus frases sobre el papiro con sumisa complacencia.

—No quieras contar lo que no fue —le interrumpe Juan sin la menor concesión a la cortesía.

—Quiero que mi Evangelio sea digno de reflejar la grandeza de aquellos acontecimientos, y supere y enmiende algunas de las cosas ya escritas por Marcos y por Mateo.

—Discípulos ambos, como tú, de Saulo de Tarso, ese que se hizo llamar Pablo; así que nada espero de vuestros relatos, poco fieles a lo que en verdad fue la vida de Jesús.

—Ninguno de nosotros tuvo la dicha de haber compartido sus días, Juan. ¡Qué bienaventurado eres por haber vivido al lado de Jesús, nuestro Señor, y haber enriquecido tu alma con sus palabras!

—Palabras muy distintas a las que vosotros inventáis.

—Mi maestro Pablo, y también nosotros, sus discípulos, vemos a Jesús como un profeta inocente, pacífico, misericordioso... El pregonero del reino de Dios que ya ha comenzado a germinar en nuestros corazones.

El escribano observa la discusión con rostro impasible. Estira el papiro, y con la boca afila una pluma de junco pendiente de la respuesta de Juan el Discípulo, como todos llaman al reciente huésped de su maestro Lucas. Una respuesta que suena a agrio reproche:

—¿Qué sabrás tú del reino de Dios?

—Lo que nos ha sido enseñado por el Cristo, el Ungido. Un reino espiritual, alejado de los ruidos del siglo y de la carne. Un reino que no es de este mundo. Todo estaba previsto así, anunciado y predicho desde el principio: Jesús es el centro del tiempo.

—Ésas no son más que patrañas. Mentiras inventadas por Pablo para atraer la atención de algunos judíos y, sobre todo, de los gentiles como tú. Simón y Jacobo, el hermano de Jesús, expulsaron a patadas de Jerusalén a tu maestro cuando fue a venderles esta religión que habéis inventado.

—No, no es invento. —Lucas bracea en dirección a la voz de Juan, como si quisiera apartar de su nariz un impertinente insecto.

—Mira, si no, el comienzo de tu Evangelio: ¿de qué Espíritu hablas que engendró a Jesús en el vientre de María?

—Del Espíritu de Dios.

—Yahvé Adonai engendrando en una mujer, en una virgen. ¿Qué aberración es ésa? ¿Quieres hacer de María una nueva Artemisa, el ídolo de oro que adoran los efesios en aquel templo? La virgen Artemisa. La virgen María. Eso es, con seis hijos a los que criar. ¿Acaso dirás también de ella que tenía veinte pechos como los tiene la estatua?



## El tronco seco

*Galilea, c. 30 d.C.*

Frente a las aguas del río Jordán, entre áridos roquedales al poniente meridional del lago de Genesaret, dos centenares de personas asisten a un acontecimiento que presumen extraordinario. Son gentes piadosas, tal y como los judíos entienden la piedad. Gentes que ponen su esperanza en las prédicas de Juan el Bautista, el anunciador de la inminente llegada del reino de Dios, aquel que limpia con agua los pecados de los hombres como símbolo de la purificación exigida por Yahvé a su pueblo elegido.

Como una brizna de paja que el viento desprendiese del almiar acumulado en la era tras la trilla, un hombre surge del grupo en dirección al venerado profeta. Sin ser maduro, parece de edad suficiente como para haber tenido ya dos o tres hijos. Apoya sus andares en un cayado sin desbatar, una firme vara que le permite enmendar el defecto de una leve cojera; aunque no es esto lo que le distingue, sino su túnica blanca que contrasta con las sufridas vestimentas de quienes le rodean.

Jesús avanza con la cerviz humillada, tanto por el respeto que Juan le merece como para evitar el sol que tie-

ne frente a sus ojos. Sabe que todas las miradas, hoy, están puestas en él, y casi puede sentir el peso de esos ojos en su espalda: los de su hermano mayor, Jacobo; los de Simón; los de Juan, el mozuelo que le sigue desde hace un par de años como si fuera su sombra... Los de tantos otros que se le unieron cuando decidió que el camino recto del Bautista es el camino de Yahvé, y se atrevió a proclamarlo en voz alta.

Con el torso desnudo, su túnica plegada en la orilla, entra en la corriente para arrodillarse a los pies del hombre que ha elegido como guía. El frío repentino le hace tiritar, aunque es un escalofrío breve y vivificador, como si por el mero hecho de tocar su carne, el agua lo hubiese limpiado de viejas dudas y desasosiegos. Juan, el Bautista, murmura entretanto, quizás una oración que no va más allá del contorno de sus labios; hasta que alza la voz para que todos los presentes, llegados ya a pocos pasos de la orilla, puedan escucharle con claridad:

—Que Elías y Eliseo te guíen en el camino hacia Yahvé Adonai. Arrepiéntete, y aguarda así la pronta llegada del reino de los Cielos. —Y ahora el viejo Juan convierte su voz en grito para lanzar su advertencia—: Ya está el hacha puesta en la raíz de los árboles. Todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego.

Jesús percibe en ese momento una extraña sensación, como si el sol hubiese sido ocultado por una nube que le robara su calor. Alza la vista para comprobar que el cielo está limpio, y que es una sombra lo que alcanza su rostro. Es una sombra mínima y estrecha, la que proyecta un árbol seco, que aun después de muerto sostiene en su macizo tronco algunas ramas esqueléticas. Y esa sombra que se cierne sobre él le provoca un nuevo escalofrío, éste

más profundo, porque le hace evocar aquel otro árbol seco que marcó su vida más de veinte años atrás.

Había sucedido no muy lejos de allí, entre las peñas, en un lugar elegido para ocultarse y sobrevivir. Un lugar donde esconderse y conservar al menos la memoria de Judas de Gamala, el hombre que alzó a Galilea contra la dominación romana y sus lacayos, los herederos de Herodes, los usurpadores del trono de los macabeos. Judas ya había muerto entonces, pero, aunque dispersos y proscritos, quedaban muchos de sus seguidores. Un lugar también donde vivir. Pobremente y en peligro, sí, pero siempre según la ley de Moisés y las enseñanzas de Judas, que no aceptaba para Israel otro señor que Yahvé y había afrontado el dolor y la muerte con el espíritu de los mártires. Vivían en cuevas, como las alimañas. Arrancaban de aquella tierra extenuada el mísero fruto que quisiera darles, y de las ubres de sus cabras un maná que sabían tan regalo de los cielos como el que alimentó a los antepasados en su éxodo tras escapar de Egipto.

Jesús vivía feliz entre aquellas quebradas, con su familia y las familias de unos hombres que, a riesgo de su cuello y con éxito desigual, difundían por las aldeas próximas el mensaje de la cuarta secta de Israel. Así llamaban al testimonio de Judas de Gamala, la cuarta secta, porque a la doctrina de los fariseos, muchos de los cuales se habían unido a sus filas, añadía una incontenible pasión por la libertad. Y a sus seguidores llamaban celotas, los celosos de la Ley, los nuevos macabeos.

Él ignoraba por aquel entonces todos estos pormenores, que ocupaban largas horas de conversación y debate entre los adultos. Se limitaba a vivir la vida que corresponde a un niño, aunque el magisterio ejercido en la comunidad le había enseñado que el reino de Dios no llega

solo, sino como respuesta a los esfuerzos de los hombres, y que éstos no pueden aguardarlo sentados como si la vida fuese un eterno sabbat.

Una mañana, cuando apenas tenía once años, se había desentendido de los juegos de sus hermanos y vecinos para ir a interrumpir a su padre, abstraído como de costumbre en sus labores de carpintería.

—¿Haces una espada de madera? —se interesó por la talla que aquél lustraba.

José, que era paciente con sus hijos y con el mundo, le dedicó una comprensiva sonrisa.

—No es una espada, Jesús. Es una vaina para guardar la espada y ceñirla a la cintura.

—¿A la cintura?

—Ven aquí...

Su padre anudó un cordel a la funda y se la colocó. Casi la arrastraba por el suelo. Él quiso sopesarla y, al tenerla entre las manos, no pudo evitar un grito de júbilo que expresaba la satisfacción de creerse un poco adulto:

—¡Mira, Jacobo! —llamó a su hermano—. ¡Tengo una espada, como los macabeos!

Aun después de tantos años, Jesús no puede quitarse de la cabeza la idea de que aquellas palabras habían desencadenado la tragedia. Se ha repetido muchas veces desde entonces que Yahvé no actúa de ese modo con su pueblo elegido, y que tuvo que ser Belcebú, o cualquier otro espíritu de los demonios, quien ligó su expresión de alegría con la muerte.

Sea como fuere, su grito había sido coreado por otros, mucho menos jubilosos que el suyo. Los vigías advertían de la llegada de tropas romanas, y todos los hombres disponibles tomaron sus armas prestos a defender el enclave mientras mujeres y niños corrían a refugiarse en las

grutas. Todavía recordaba las voces de su padre para que María, embarazada, se pusiera a salvo con los niños, y el fallido intento de Jacobo para llevarlo con ella y el resto de la familia. Pero él se desembarazó de su hermano mayor para seguir la estela de su padre, que corría, espada en mano, a defender el acceso. Antes de que pudiera llegar hasta José, hubo de protegerse de las flechas romanas, que ya habían causado bajas entre los defensores, y desde su improvisado parapeto vio cómo el grupo atacante penetraba en el asentamiento mientras acuchillaba sin compasión a quienes salían a su paso.

Cuando estaba a punto de alcanzar a su padre, éste hacía frente a un jinete, probablemente el oficial que mandaba la tropa romana. La verdad es que aquél no tuvo ocasión de defenderse, porque el pagano lo acorraló contra un árbol y lo atravesó con la lanza sin necesidad de desmontar. Jesús se abalanzó angustiado sobre el cuerpo de José, pero éste ya era un moribundo y nada podía hacer él salvo recoger la sangre que manaba a borbotones de su pecho, por su boca...

A su dolor por el padre muerto se sumó la impotencia. Se sentía ridículo con aquella funda de madera, tan inútil, atada a la cintura. Agarró el arma de José con ambas manos, pero todavía no era un hombre y apenas pudo levantarla por encima del pecho. El romano, con una sonrisa que a Jesús le pareció ejemplo de maldad, hizo avanzar el caballo, desnudó su gladio y golpeó la espada que Jesús intentaba inútilmente sostener en el aire. El golpe lo arrojó al suelo, pero no soltó el arma, y la hoja, en su caída, le rebanó parte de la rodilla izquierda condenándolo para siempre a una incómoda cojera. Aunque en aquellos inconcebibles momentos no le dolía la herida, ni la burlesca carcajada del sicario imperial, sino la contemplación de

los amigos muertos y capturados, la humillante constatación de la derrota. Y, sobre todas las cosas, le dolía la imagen de su padre, ensartado en una lanza sobre el tronco de aquel árbol podrido y fúnebre, tan muerto como lo estaba José.

Ha pasado mucho tiempo, y demasiadas cosas, desde aquel negro día. Su familia abandonó los riscos tras la desgracia para buscar humilde acomodo en los arrabales de Cafarnaún, y allí él y sus hermanos se han hecho adultos. Y María casi una anciana, aunque conserva el brío de siempre y no ve con ningún agrado que sus dos hijos mayores frecuenten el lugar y las compañías que tanto sufrimiento le han traído.

La voz del Bautista rescata a Jesús de sus recuerdos. El profeta parece irritado, pero todos conocen ya su santa ira, el fuego que alimenta su espíritu y dota a sus palabras de fuerza divina.

—El templo de Jerusalén, que era nuestro brillo y nuestra gloria, está profanado y desolado —dice el venerable—. Pero no desfallezcáis, porque nuestros padres macabeos lograron expulsar a los invasores con la ayuda de los ángeles enviados por Yahvé Adonai. Y así acontecerá nuevamente durante la llegada del Reino.

Mientras dice esto, Juan ha posado sus manos sobre la cabeza de Jesús y, con energía similar a la de su prédica precedente, aunque enfatizando ahora su discurso con pausas medidas, se dirige sólo a él:

—Dios por mis manos acepta tus votos de nazareo, Jesús. En adelante, a Él dedicarás todos los días de tu vida; la navaja no pasará por tu cabeza, no tocarás ningún cadáver, no conocerás mujer y tus vestiduras serán siempre blancas. Yo te bautizo para que tus pecados te sean perdonados.

Casi con mimo, el santón toma del pelo al nuevo nazir y sumerge su cabeza en la corriente. Jesús no cierra los párpados bajo las aguas. Ahora se sabe distinto; quiere verlo todo con nuevos ojos, y escuchar con otros oídos. Al regresar al aire, su respiración es tranquila, y la imagen del árbol seco reflejada en el fluir del río parece susurrarle una bendición con la voz antigua de su padre.

El invitado, tendido en su triclinio, presencia la escena con discreta curiosidad, un interés regado de vez en cuando con sorbitos de buen vino de Gades. Evita, sin embargo, cualquier comentario y la menor incursión en las nutridas bandejas dispuestas sobre la mesa. Frente a él, el prefecto de Judea ha abandonado por un momento su posición sedente y escucha con expresión grave las explicaciones de su centurión Munio.

—¿Cómo dices que se llama el cabecilla? —se interesa Pilato.

—Juan, aunque todos lo llaman el Bautista.

—¿Y ese apodo?

—Sumerge en agua a sus acólitos. Dice que así se les perdonan los pecados.

—Un baño siempre viene bien —responde el prefecto, socarrón, al tiempo que dedica una mirada de reojo a su huésped, que asiente con un pestañeo—. No parecen peligrosos.

—Alguna vez ya les hemos parado los pies. Predican la llegada inminente de un reino instaurado por su dios. Y ellos ayudan cuanto pueden a los planes divinos, si tienen armas a mano.

—¿Y las tienen?

—No lo parece, pero se ejercitan a menudo en la pelea.

—Son galileos, ¿no? ¿Qué hace Herodes Antipas?

—El tetrarca los desprecia, sobre todo al Bautista, que le acusa públicamente de impío pelele de Roma y le echa en cara su ilegal e incestuoso matrimonio. Sentimiento que parece recíproco, porque los celosos se tienen por herederos de los macabeos y el padre de Antipas acabó con esa dinastía.

—¿Celosos? —Un brillo de alarma se ha encendido en los ojos del prefecto—. ¿No serán de esos que llaman celotas, que le hicieron la vida imposible al prefecto Coponio hace veintitantos años?

—Los mismos, aunque no todos los que acompañan al Bautista parecen pertenecer a la secta. Los hay que se pasan el día orando o leyendo sus escrituras sagradas. Antipas piensa que por el momento, aunque incómodos para él, no son una amenaza.

—Eso ya lo veremos. Por si acaso, comunícale al tetrarca mi decidido consejo: que encierre de inmediato a ese Bautista en la fortaleza de Maqueronte.

Munio saluda con marcialidad al prefecto y se despide con una leve aunque respetuosa reverencia a un invitado tan distinguido que hace uso de las insignias senatoriales. Pilato parece reflexionar unos instantes sobre sus recientes órdenes y las noticias llegadas del norte. Al fin, con un gesto de desdén hacia sus pensamientos, se acomoda sobre el triclinio para dedicarse a su huésped:

—Siento la interrupción, Cornelio.

—No tiene importancia. Primero el deber, luego el placer.

—Mejor habríamos estado en Cesarea para celebrar tu primera visita a estas tierras, querido amigo, pero cada vez me veo obligado a permanecer más tiempo en este pútrido roquedal que llaman Jerusalén, especialmente

cuando se acercan las fiestas judías. Y la próxima, la de la Pascua, es la más tumultuosa y conflictiva.

—Exageras, Poncio. He conocido sitios mucho peores.

—Sí, las cloacas de Roma. —Cornelio responde con una carcajada—. No te rías. Lo único que merece la pena aquí es su templo, una colosal maravilla. Esta gente se pasa la vida rindiendo culto a su dios, y eligieron para él la parte más elevada y salubre de Jerusalén.

—Pues no está nada mal este palacio del viejo Herodes que ahora ocupas. La mayoría de los ricos hombres de Roma envidiarían el lujo que te rodea.

—Prefiero mil veces Cesarea, pero aquí me tienes cada dos por tres, tanto por hacerles los honores a sus principales en los días sagrados como para que no olviden a quiénes deben obediencia.

—Y Tiberio te lo agradece, Poncio. Con la amenaza de los partos en el Éufrates, la pacificación de esta tierra es decisiva para el Imperio.

—Paz habrá para el César, te lo aseguro, aunque hayan de rodar cabezas.

—Tampoco creo que sea necesario, al menos en el caso del Bautista. Me hizo gracia el retrato que tu centurión ha presentado de ese hombre: un piojoso desharrapado vestido con pieles de camello que se alimenta de sabandijas del desierto.

—Un desharrapado que puede provocar un buen incendio. Créeme, Cornelio. No quiero a ese tipo de indeseables aquí durante la Pascua.

—Antipas opina lo contrario, y parece conocerlo bien.

—Antipas no quiere complicarse con su gente, pero yo debo velar por todo el territorio, incluido el suyo.

—¿Dudas de la lealtad del tetrarca?

—En absoluto. Sabe que tiene mucho que perder y nada que ganar. Su pueblo lo soporta, pero no derramaría una lágrima por él si cayese en desgracia. Su padre, Herodes...

—El Grande.

—Así se hacía llamar, pero ni siquiera era judío. Era idumeo, y para conseguir el trono eliminó a los macabeos, una dinastía bendita para los sacerdotes y muy querida por el pueblo.

—Con nuestra ayuda, no lo olvides.

—Como los partos ayudaron a sus rivales.

—Cierto, pero Herodes siempre sirvió bien a Roma. Al menos, ésta es la impresión que allí se tiene de su reinado.

—Y él mismo se jactaba de ello —acepta el prefecto—. Por aquí se comenta que lo que aquel rey pudiera tener de corazón, más bien poco, era romano. Fundó Cesarea en honor a Augusto y levantó aquella fortaleza de cuatro torres que puedes ver junto al templo. La llamó Antonia en recuerdo de su amigo Marco Antonio, y hoy cobija a nuestra más importante guarnición después de Cesarea. Mañana te la mostraré en detalle.

—También su hijo Antipas ha honrado al César. Dicen que la ciudad que levantó con su nombre junto al lago de Galilea es digna de verse.

Pilato ríe mientras intenta deshacerse de un hueso de dátil adherido a su paladar. Cuando lo consigue, su gesto no ha variado un ápice; por el contrario, parece más irónico si cabe.

—Así es, tiene hasta estadio, lo que ha provocado el malestar de muchos galileos. También al lago lo ha llamado Tiberíades. Pero hasta en eso es torpe Antipas, porque

construyó esa ciudad sobre una antigua necrópolis y destruyó numerosos sepulcros, con el consiguiente escándalo entre el pueblo y los sacerdotes, que consideran un acto blasfemo e impuro violar tierra sagrada y los huesos que contiene. Y recuerda, Cornelio, que sus caprichos nos han costado la enemistad de los nabateos.

Lo recuerda Cornelio. Había sucedido seis o siete años atrás, cuando Antipas viajó a Roma a renovar su pacto de fidelidad y se encaprichó de Herodías, la mujer de su hermanastro Boeto, allí exiliado. A su regreso a Galilea, el tetrarca repudió a su esposa, una princesa nabatea, para casarse con su cuñada, y por su culpa Roma se había ganado gratuitamente la hostilidad del rey nabateo, un enemigo más en la frontera oriental de Judea.

—No sólo de los nabateos —apunta el senador entre los jugos de un muslo de ave confitada—. Los seguidores de ese Bautista también parecen reprocharle la boda.

—Herodías es cuñada y sobrina de Antipas, así que entre estas gentes se considera doblemente pecaminosa su relación. Pero, créeme, si hay celotas entre ellos no necesitan de semejantes argumentos para censurarlo.

—¿Tan hostiles son?

—Tal vez recuerdes el levantamiento que hubo en tiempos de Augusto, cuando éste envió a Quirino para hacer el censo.

Cornelio asiente, y Pilato rellena los cálices para endulzar un poco y compartir con su huésped tan malos recuerdos, que él ha conocido por testigos presenciales de los hechos y en la lectura de los documentos legados por sus predecesores al archivo de Cesarea.

Cuando se produjo aquella rebelión, le explica, Antipas aún no había profanado cementerios ni conocido a Herodías, pero ya era considerado un enemigo por su

pueblo. Todo había comenzado en Gamala, una ciudad casi inaccesible sobre una giba rocosa en los límites de la provincia. Allí, un tal Judas proclamó la rebelión contra el censo y contra los tributos, y su alzamiento, secundado por algunos notables fariseos, se había extendido con tan sorprendente rapidez y eficacia que había obligado a intervenir a las tropas de ocupación romanas para salvar el pellejo de Antipas y restituir el orden perdido.

La sedición de Judas, aparte de costar mucha sangre y ruina, había sembrado además una semilla muy peligrosa. Porque, lejos de parecerse a cualquiera de las frecuentes revueltas espontáneas que tan a menudo se producían en aquellas ariscas tierras, su rebelión pretendía justificarse en una nueva filosofía.

Hasta Judas, eran tres las sectas que dominaban el pensamiento de los judíos: saduceos, fariseos y esenios; las dos primeras, integradas en la vida cotidiana, y la tercera, aislada en los suburbios de las ciudades y en el desierto de Judea, nada quería saber del mundo de los hombres. Pero la filosofía del de Gamala había añadido a las creencias de la secta farisea un elemento revolucionario: la negativa a reconocer más amos que su único dios. Sus adictos decían estar poseídos por el celo divino, el celo por la ley de Moisés, y pronto se les conoció como celotas. Estos exaltados pretendían restaurar los heroicos tiempos de la dinastía macabea como preludeo de la llegada del reino de Dios, una entelequia que venía a resumirse en la constitución de una monarquía regida por las normas de su religión y donde quedara abolida toda influencia de los gentiles, como ellos llamaban a los extranjeros, a todos aquellos que no hubieran sido circuncidados. Y lo peor de todo es que estaban dispuestos a defender sus convicciones espada en mano, como los antiguos macabeos.

—Un concepto más que idealista, ese reino de Dios —reflexiona Cornelio.

—Cuando escuches esa frase en boca de un judío, ponte en guardia, amigo. Porque significa una Israel independiente, un grito de combate contra Roma, o contra cualquier otra nación que quiera sojuzgarlos.

—Ciertamente, parece un pueblo difícil. No envidio tu responsabilidad, Poncio.

—Son gente muy levantisca. Cuando murió Herodes, hubo tantas rebeliones que Varo hizo crucificar a dos mil hombres y encerró a muchos más en las mazmorras.

—¡Ah, Varo! —Cornelio no esconde una irónica sonrisa al referirse al viejo legado en Siria—. Dicen de él que llegó pobre a una provincia próspera y regresó rico a Roma dejando atrás una provincia empobrecida.

—Para lo que le sirvió... Unos pocos años de disfrute, así es la fortuna. —Pilato rememora aquella figura odiada en la tierra que le ha tocado gobernar, un legado engreído que hubo de quitarse la vida en Germania, sumido en el deshonor por su jactancia. Tres legiones le había costado al Imperio, casi sesenta mil hombres, contando a los auxiliares, sacrificados en los bosques de Teutoburgo por la ambiciosa inconsciencia de aquel favorito del emperador Augusto.

—En todo caso, la memoria es buena consejera —alega el senador—. Supongo que en la de este pueblo seguirá fresco aquel escarmiento de Varo. Tanto como la derrota de Judas.

—No confíes en que así sea.

—Germanos, tracios, hispanos... Todos defienden con uñas y dientes su independencia. Hasta que la paz romana se impone a sus inquietudes.

—Incluso los bárbaros saben distinguir entre los asun-

tos de los dioses y los de los hombres. Pero éstos no. Éstos no pueden separar política de religión porque para ellos son una misma cosa y se consideran elegidos para dominar una tierra prometida desde los cielos. Es lo que tiene creer en un solo dios.

—No seas intransigente, Poncio. Cada cual es libre de creer en los dioses que quiera. Roma los acepta todos.

—Libres somos para elegir nuestros dioses, sí, pero no para imponer uno como único existente, principio y fin de cualquier acto sobre la tierra, de las leyes humanas y el devenir de una nación. Es un mal vicio que atenta contra el albedrío de los hombres. El monoteísmo crea fanáticos, no ciudadanos libres. Déjame contarte un par de experiencias personales, y luego opinas.

Pilato se incorpora para estirar las piernas, y el senador lo acompaña en su calmo paseo por la estancia, copa en mano, sus pasos acompasados a los del prefecto. La tarde está cayendo sobre Jerusalén, y los siervos se afanan en encender los pebeteros antes de que su señor reclame luz y maldiga su desidia.

Sin ocultar un deje de ironía, Pilato relata a Cornelio su primer encontronazo con tan peculiares gentes, sucedido a poco de llegar a Cesarea para hacerse cargo de la prefectura encomendada por Tiberio. Cercanos los fríos, había ordenado a una de sus cohortes que internase en Jerusalén, y a la ciudad santa de los judíos llegaron los soldados sin imaginar lo que su presencia iba a provocar. A los pocos días, un nutrido grupo, entre los que se contaban sacerdotes y laicos de la asamblea de principales que llamaban Sanedrín, se concentró ante las puertas de la prefectura de Cesarea reclamando a voces ser recibidos. Él había escuchado sus quejas con estupefacción, porque lo que aquella gente le echaba en cara es que sus tropas

llevasen el busto del César en los estandartes. Y es que los judíos consideraban ofensiva cualquier imagen en la ciudad que albergaba su templo: su dios se las tenía tan prohibidas que ni siquiera de éste había, porque según sus profetas era un ser incomprensible.

En un ejercicio de diplomática paciencia, Pilato les había explicado que se trataba de la imagen del emperador, distinción que éste concedía a algunas selectas unidades del ejército romano, y que por respeto a Tiberio y a la propia cohorte, no pensaba retirar esos estandartes. Los reclamantes, lejos de atender a razones, quedaron a la puerta de la prefectura negándose a marchar hasta que su petición fuese cumplida. Y así estuvieron durante cinco días, sin que las admoniciones para que abandonasen su terca postura hicieran mella en ellos. Al sexto día, decidido a terminar con tan absurda muestra de rebeldía, envió a su guardia y, cercados los disconformes, les conminó a regresar a Jerusalén. Pero éstos, lejos de obedecer, desnudaron sus cuellos ante las espadas y declararon que estaban dispuestos a morir allí mismo antes que renunciar a su justa demanda. Muy a su pesar, y por no inducir a una matanza que se le antojaba ridícula, ordenó que las tropas regresasen a Cesarea y se acabaron las protestas.

Más grave había sido un segundo incidente, ocurrido poco después de aquel de Cesarea, y ahora Pilato tuerce el gesto y desdibuja cualquier indicio de sorna para narrárselo a su distinguido invitado. Le cuenta que, tras corroborar personalmente la escasez de agua en Jerusalén y sus precarios medios de abastecimiento, había ordenado la construcción de un acueducto para subsanar unas carencias que se multiplicaban durante la fiesta de la Pascua por la multitud de gente que acudía a la ciudad. El presupuesto de la obra parecía elevado, y ya que eran Je-

rusalén y su propio santuario los beneficiados, pensó con recto criterio que deberían contribuir de alguna forma a su prosperidad. Descartada una subida temporal de impuestos, decidió completar el gasto con parte del dinero acumulado en el templo a lo largo de generaciones, inútil dinero que se pudría en el edificio del tesoro.

En cuanto sus planes llegaron a oídos del pueblo, una turba vociferante se citó en la plaza ante la puerta del palacio con intenciones cada vez más amenazantes. Para prevenir incidentes, hizo que varias decenas de soldados, sin uniforme ni armas, aunque dotados de buenas estacas, se mezclaran con la multitud. Sus reiteradas advertencias para que el populacho se dispersara eran respondidas con insultos y lanzamiento de piedras. Ante semejante prueba de hostilidad, ordenó actuar a sus hombres y la explanada se convirtió en un maremágnum de gritos, carreras y sangre. Decenas de revoltosos quedaron muertos sobre la plaza.

—Aun sin armas, tus hombres son expeditivos —celebra con satisfacción el senador.

—En todas las provincias, y especialmente en Jerusalén, contamos con muchos auxiliares mercenarios. Sirios y griegos en su mayoría, gente que odia a los judíos por lo mucho que los dichosos macabeos hicieron padecer a sus abuelos; aunque no es fácil sujetarlos, y a veces me veo obligado a algún escarmiento público. Pero fue sangre inútil, Cornelio. Aquellos desgraciados, todos galileos, por cierto, equivocaron su protesta, porque nadie había expoliado los dineros de su templo, sino que me fueron entregados por sus custodios, los sacerdotes.

—Contra ellos deberían haberse revuelto, entonces, en vez de culparte a ti.

—¿Iba yo a contravenir por mi cuenta un decreto de

Augusto que ordenó respetar ese templo y sus tesoros? Ya te digo que son gente insufrible. Nos culpan de todos sus males. No sé por qué el César está empeñado en darles un trato especial.

—Así ha sido desde que fueron conquistados.

—Pueblo complicado el judío, Cornelio. Hay que llevarlos con mano dura y cortar de raíz la mala hierba que pueda crecer entre ellos.

—Bueno, a ti no te tiembla el pulso y dispones de los medios para ello. Casi eres un nuevo gran Herodes, Poncio: gobiernas su reino, vives en su palacio, eliges al sumo sacerdote...

—Calla, calla, Cornelio —le interrumpe el prefecto entre artificiosas risas, aunque no bromea en lo que expone—: Si dices esas cosas en voz alta, más de uno en Roma buscará mi ruina por envidia.

—Callaré si lo deseas —acepta éste, de buen humor—, pero ya se conocen allí los poderes de su hombre en Judea. Comentan que tu antecesor, Grato, cambió cuatro veces al sumo sacerdote en los once años que estuvo aquí.

—Cierto, pero no es ésa mi forma de ver las cosas. He respetado al último que él nombró, porque Caifás es un hombre razonable. Y no hay por aquí tantos hombres razonables como para apartar a uno que encuentres.

Cornelio asiente en silencio. Ambos han concluido su paseo en uno de los ventanales que muestran someramente iluminado el patio ajardinado del palacio. Más allá, la ciudad alta, y el templo, cuya mole rectilínea se recorta apenas sobre un cielo azul cobalto a punto de morir en negro. La noche cae, y las nubes, perdidas en sus formas, sugieren a Pilato un futuro tan desgarrado como ellas. Sin retirar la mirada del horizonte, el senador Cornelio alaba

el espectáculo que se ofrece ante sus ojos. Y el anfitrión responde como si hablase para sí mismo, casi susurrando:

—Ya te darás cuenta, pero aquí el cielo parece desplomarse a toda hora.

Simón de Betsaida está acostumbrado a llevar la iniciativa, a sostener con su estruendosa voz y con los hechos una autoridad que se ha ganado a pulso durante los largos cuarenta años de su vida, tanto entre su gente de Cafarnaún como en el grupo que sigue al Bautista. Siempre ha sido así desde que tiene memoria de sí mismo, desde muy niño. Su fuerte carácter y una voluntad tan dura como la roca lo han convertido en un líder indiscutido para el medio centenar de hombres que a pleno sol intentan aprender las reglas básicas del combate.

—¡Quiero ver esas espadas a la altura del pecho! —les grita—. Eso es: ataque y paso atrás...

Pero Simón sabe que es inútil intentar convertir a una partida integrada por campesinos, pescadores o artesanos en una milicia competente. Sabe que los romanos combaten de otra forma, que sus tropas se unen en grupo y con movimientos simultáneos para multiplicar la efectividad de sus armas y la pericia de sus soldados profesionales. Pretender competir con ellos es una tarea ilusoria, a menos que se disponga de tiempo y medios suficientes. Y no disponen de una cosa ni de la otra. Ni siquiera él es un experto, y cuanto conoce del manejo de las armas se lo debe a Jonatán ben Hanán, un galileo forjado entre los celotas más activos, huido de su tierra de Séforis a los veinte años tras un enfrentamiento armado con los hombres de Antipas. Otros diez lleva proscrito, de acá para allá, visitando los pequeños y ocultos asentamientos de las

montañas que, como el del Bautista que ahora lo acoge, reciben con agrado tanto su mensaje de esperanza en la pronta llegada del Reino como el jovial talante con que lo transmite.

También Jonatán, con el recuerdo del héroe Gedeón siempre vivo en su pensamiento, sabe que no se puede aprender a combatir en pocas semanas, y tampoco aspira a que sus aprendices se transformen en una legión bien entrenada que plante cara en campo abierto a las fuerzas de ocupación. Le basta con que aprendan a defenderse, a templar los nervios y soportar con el mejor resultado posible un ataque enemigo. El resto, como todo en la vida, queda en manos del Señor, el único que puede decidir sobre el destino de los hombres.

Eso mismo, templar el carácter ante la pelea, es lo que Jonatán intenta inculcarle ahora a Tomás, uno de los más fervientes celotas del grupo, un hombre en quien predomina la fe sobre la pericia. Lo desarma con excesiva facilidad para el gusto de ambos, y con su rival derrotado en tierra ante sus pies, Jonatán hace ademán de atravesarlo como colofón de su victoria. Pero sólo es un gesto; ni es su deseo, ni podría hacerlo aunque quisiese, porque la espada con la que combate es de madera. Como son de madera todas las espadas y lanzas de alrededor, meras imitaciones para aquellos imitadores de combatientes. Jonatán los observa con una mezcla de ilusión y escepticismo: hombres sudorosos entregados a la pelea bajo el sol, entre la polvareda de la explanada; son algo toscos, piensa, pero sus convicciones y el tesón con que las defienden les proporcionarán la fuerza necesaria en el momento propicio.

—Querido Jonatán —comenta Simón—, con estos palos pocos templos y pocas fortalezas vamos a conquistar por mucho valor que le pongamos.

—Tienes razón —acepta éste—. Ni siquiera daríamos tiempo a los ángeles para bajar del cielo.

—Hay que conseguir armas de verdad, como en tiempo de nuestros padres.

—No podemos confiar en carros, jinetes ni espadas. —Tomás se ha levantado y se sacude el polvo de las greñas entre iracundas protestas—. ¡Sólo en el brazo de Yahvé Adonai!

—¡Claro que necesitamos espadas! —Jonatán le reprende con paciente afecto, como el maestro que por enésima vez repite al niño la misma lección—. El Señor nos exige una muestra de fe, que probemos nuestro valor y seamos dignos de llamarnos hijos suyos. Luego, Él se encargará de todo. Pero nada podremos hacer con estacas.

—Si Adonai lo quisiera, ya habría arrojado su fuego sobre ellos —replica Tomás.

—No blasfemes, Tomás —tercia Simón—. Adonai sólo pone de su parte si ve voluntad de compromiso en los piadosos. Así sucedió con nuestros abuelos macabeos. Israel se desangraba bajo los herederos macedonios, pero Él parecía callado hasta que alguien tomó la espada para oponerse a la opresión. Sólo entonces envió a sus ángeles al frente de su pueblo.

—Tarde o temprano lo hará, y poco le importan nuestras armas —dice Tomás, antes de recuperar del suelo su espada de madera para unirse al grupo que practica frente a ellos. De camino, quizás, a una nueva derrota, alza la voz para que la pareja pueda escucharlo—: Basta con nuestra decidida voluntad de enfrentarnos al pagano, y orar como dice el salmo: «Es vano el socorro del hombre. ¡Con Dios haremos proezas, Él machacará a nuestro enemigo!»

—Envidio el optimismo de este hombre, Simón —admite Jonatán mientras le ve alejarse—. Pero necesitamos esas espadas. Me han hablado de un sicario de Judea, un tal Judas, que se dedica a vender armas robadas, o recogidas de las últimas guerras, no sé muy bien...

—Serán armas viejas y oxidadas.

—Mejor el hierro oxidado que la madera sana, por muy recia que sea.

Jonatán ha desenfundado la espada que lleva al cinto, muy distinta a la que emplea en las prácticas. Pasa ahora el filo por la palma de su mano sin que un rasguño aparezca en la carne. Mira a su compañero con sorna, y le ofrece el arma. Simón la toma con franca admiración, la sopesa e intenta en vano clavarla en la áspera tierra. La hoja se dobla peligrosamente, hasta el punto de que amenaza con quebrarse.

—Ni para arar sirve ya, amigo —sentencia Jonatán con pesadumbre—. Y se ha afilado tantas veces que la próxima se convertirá en una lámina tan endeble como el papiro.

Simón mira al suelo, desconcertado. Y allí sus ojos, entre la sequedad de aquel pedregal infecundo poblado de serpientes y alacranes, parecen hallar una respuesta:

—Tal vez deberíamos hablar con Jesús, el nuevo nazir.

El nuevo nazir pasea por los alrededores del enclave en compañía de su hermano Jacobo y apoyando los andares en el báculo que sostiene su cojera. El joven Juan camina tras la pareja, a respetuosa distancia y con un rojo manto al hombro, el único manto que posee su maestro, con el que se protege del sol del mediodía o se resguarda del frío nocturno. Una silenciosa calma domina en la ex-

planada entre las cuevas, donde ya aparecen unas pocas hogueras. Los vigías en lo alto, sin alarmas a la vista, se dedican a sus propias reflexiones con la mirada perdida en la luz de un atardecer moribundo y coloreado de malva entre nimbos lejanos que amenazan lluvia.

—Jacobó, hermano —dice Jesús, que, además de sinceridad, intenta dotar a sus palabras de un tono persuasivo—, yo sé que es tu sabiduría y tu prudencia por lo que los hombres te llaman el Justo. Y sé también que Adonai acude a nosotros a través de la oración. Pero igualmente es cierto lo que está escrito en los libros sagrados: «Los invasores confían en sus armas y en su arrojo, mientras nosotros ponemos la confianza en Dios omnipotente, que con un solo gesto puede derribarlos.»

—Hazme caso, Jesús: todos celebramos las hazañas de nuestros hermanos macabeos, y las recordamos en la fiesta de la Janucá. Pero Roma es un gigante, y como todos los gigantes tiene los pies de barro. Tarde o temprano terminará por caer.

—Como gigante era el imperio que el macedonio Alejandro legó a sus generales, y tanto Ptolomeo Lago como el sátrapa Seleuco y sus descendientes nos sojuzgaron durante generaciones y escarnecieron el templo y la ley de Moisés. Doscientos cincuenta años fueron sus días sobre la tierra, hasta que nuestros abuelos tomaron la decisión de oponerse. ¿Por qué debemos esperar un tiempo incierto, que sería largo y doloroso, si el Señor puede librarnos de la dominación romana como hizo en aquellos días? Además, según el Bautista, los signos anuncian que la llegada del Reino es inminente.

—Eso ya lo sé.

—Y la instauración del Reino comienza con la expul-

sión de los impíos. ¡Sólo Dios es dueño y señor de Israel, no los romanos!

Jacobo asiente en silencio. Ninguna objeción puede presentar a las últimas frases de su hermano, porque sabe que son tan ciertas como el aire que respiran. Sólo Dios es dueño de Israel, de cada uno de los hombres y mujeres que la habitan y de sus mismos pensamientos, de los frutos de su tierra, de sus collados y riscos, de las aguas de sus ríos... Jesús lo ha venido repitiendo en voz bien alta allí donde se halle, sin importarle los perjuicios que esa osadía pueda causarle. Ha denunciado públicamente a los traidores, a los voluntariamente sometidos al Imperio, a todos aquellos que viven acomodados en su fortuna a costa de los pobres, las viudas y los desheredados, a todos cuantos contravienen la justicia exigida por la Ley y los profetas, y frenan con su egoísmo la llegada del Reino. Hasta ha condenado con astucia el pago del tributo frente a las insidiosas maquinaciones de aquellos a quienes zahiere con el dardo de la palabra. Jacobo recuerda con fidelidad aquella encerrona, cuando algunos notables de la secta farisea quisieron ponerle en evidencia y desacreditarlo como profeta ante quienes escuchaban su anuncio del Reino. Le preguntaron directamente si era lícito pagar tributo al César. Y él, reprochándoles sus torpes enredos, con una habilidad que había dejado boquiabiertos a unos y otros y sin emplear siquiera una negativa, les dijo, para quien quisiera entenderlo, que no era lícito. Para ello pidió que le mostrasen una de sus monedas, de las muchas que los hipócritas guardaban en sus bolsas, y ellos le entregaron un denario.

—¿De quién es esta efigie? —les preguntó. Y al responder ellos que del César, él les dijo—: Pues devolvedle al César lo que es suyo. Y lo que pertenece a Dios, como Israel, entregádselo sólo a Él.

Sólo Dios es dueño de Israel, no los romanos. Y quienes escuchaban aquel día a Jesús, incluso sus detractores, lo habían entendido perfectamente, porque sólo a Dios pertenece Israel, y cuanto fruto de ella pueda nacer. Y los frutos de la tierra de Israel a Yahvé, y no al César, debían ser remitidos. Todos lo habían comprendido, como comprendieron años atrás parecido mensaje en boca de Judas de Gamala y se sumaron a su levantamiento contra Roma.

Juan acelera el paso y se aproxima a la pareja, que camina con parsimonia entre reflexivos silencios y descansos ya cerca de las cuevas. Sin solicitar permiso, coloca con esmero el manto sobre las espaldas de Jesús.

—Maestro, hace frío —se justifica.

—Gracias, Juan.

Cerca de ellos, junto a una mísera lumbre, una mujer juega en el suelo con su hijo, un muchacho de edad suficiente como para no aceptar juegos maternos, porque debe de tener casi los mismos años que Juan. Aunque algo distingue a éste del discípulo del nazareo: su rostro contraído, que denota una evidente deficiencia, y el insoportable dolor que parece castigarlo y él intenta amortiguar con su brazo plegado sobre el estómago. Cuando la madre observa la presencia de Jesús, prende fuego a una ramita y con ella enciende un candil que entrega al pobre desgraciado.

—Hijo mío —le susurra al oído con ansiedad—, acércate al nazir, toca su manto y muéstrale la llama del candil para que la sople. Así, los demonios se irán de tu cuerpo y sanarás.

El muchacho asiente con la cabeza y se arrastra torpemente hacia el trío que acaba de pasar junto a la hoguera. Aún se da la vuelta hacia su madre para consultarla con la

mirada, y ésta insiste en su orden sin pronunciar palabra, animándole a seguir con un gesto de su brazo.

Jacobo, entretanto, ha desistido de convencer a su hermano. Le parece un esfuerzo estéril, tan inútil como aquella otra vez en que intentó atraparlo para salvarle de los romanos. Jesús, sordo a sus advertencias y a la orden de su propio padre, había escapado de sus manos para correr junto a éste poco antes de que lo mataran. Jacobo sabe que no puede luchar contra esa voluntad férrea que desde aquel día dirige cada uno de los pasos de su hermano en la vida.

—Si tu decisión es permanecer en las armas —anuncia al fin con pesar—, yo me retiro a Cafarnaún para orar con nuestra madre y mi mujer.

—Ya sabes que no soy hombre de armas, Jacobo. Pero no voy a dudar de lo que el Señor nos pide.

—En ese caso, debemos separarnos —acepta éste resignado—. Quiero ver cómo nace mi hijo.

—Todavía hay tiempo hasta que eso suceda. Os buscaré allí para ir juntos a la boda de los primos de Caná.

—Madre te recibirá con los brazos abiertos, ya sabes cómo te añora.

El muchacho enfermo casi ha alcanzado los talones de Jesús sin que éste se percate de su presencia, aunque se detiene a su espalda y lo observa, sin atreverse a tocarle, como si reflexionara sobre esa última frase escuchada a Jacobo que probablemente ni siquiera ha comprendido. Él mismo sopla y apaga el candil. En ese momento, Jesús se vuelve y entre ambas miradas parece surgir un incomprendible diálogo sin palabras.

—Mira ese pobre chico —le dice el nazir a su hermano en tanto reanuda el paseo—. No todos los que siguen mis pasos son celotas. E igual sucede con el Bautista. Hay

gentes cuya única arma en su vida ha sido el azadón, la red, la lezna o la garlopa.

—Como padre.

—Como padre... Hasta que Judas de Gamala añadió a sus herramientas una espada por la libertad.

—De nada le valió.

—Sembró, Jacobo. Sembró para que otros puedan recoger los frutos, y ya está cercano el día.

—Los frutos de la sangre, sangre son.

—Nadie busca derramar sangre en vano. Será Yahvé Adonai quien juzgue. Rogaremos su intervención en el templo, pero no será fácil entrar allí y hemos de pensar en defendernos, al menos hasta que Él envíe doce legiones de ángeles para restaurar el Reino.

—Muchas legiones pides, Jesús.

—Cierto —acepta éste con gesto pesaroso—. He pecado de desconfianza, que el Señor me perdone. Con cinco ángeles bastará, como cuando los macabeos derrotaron a sus enemigos. O con uno solo, porque así vencieron a Lisias.

Cornelio contempla fascinado la majestuosa construcción emprendida por el rey Herodes cincuenta años atrás. Todavía pueden apreciarse zonas inacabadas con obreros trabajando en sus detalles, pero incluso éstas muestran ya señales de la misma riqueza y ampulosidad que el resto del trazado. Le basta al senador con un somero vistazo a aquel patio de dimensiones espectaculares para presumir sin mucho riesgo de error un recinto amurallado de un tercio de milla de largo por un cuarto de anchura.

Por cuanto ven sus ojos, esas láminas de oro y plata y

los blancos mármoles que dominan cada puerta, dintel o arcada, cada uno de los detalles de los pórticos que rodean aquel atrio, poco tiene que envidiar el santuario de los judíos a los mejores que ha conocido en Roma y en el Imperio. Más bien al contrario. Por las indicaciones de Pilato, y especialmente las de su traductor Anán, un judío helenizado que habla el latín con encomiable desparpajo, el edificio central, elevado sobre el nivel del suelo por una escalinata que rodea todo su perímetro, guarda aún mayor riqueza que la que aparece a la vista. Pero aquél es un lugar vedado a los extranjeros, y no sólo por la barrera que lo separa del patio general y la alta muralla almenada con seis torres que lo circunda después, sino porque cualquier gentil que se atreva a poner pie en ese recinto firma en el acto su sentencia de muerte, tal como anuncian, en lengua griega y latina, varias inscripciones bien visibles.

Quien pueda acceder a él por su puerta principal se encuentra primero con un patio destinado a las mujeres, por el que se llega, a través de una escalinata y de la llamada puerta de Nicanor, una obra de arte en bronce de Corinto que supera en valor a las de oro, a un segundo espacio que ellas tienen prohibido y al que llaman patio de los israelitas. En ese atrio, al que se puede entrar directamente por seis puertas laterales y donde sólo los hombres deben estar presentes, un murete separa el lugar público del ara de los sacrificios, y es allí donde los piadosos israelitas entregan sus ofrendas a los sacerdotes.

Por fin, más allá del altar, una última puerta, siempre abierta, aunque tapada por un enorme velo, conduce al recinto cerrado, construido con bellos mármoles, columnas con capiteles de oro y de una altura equivalente a la de treinta hombres. Allí guardan los judíos sus objetos más sagrados, y únicamente los sacerdotes tienen permisi-

tido el paso. En su interior, protegido por una enorme y densa cortina decorada en oro y pedrería, está el Santo de los Santos, lugar que sólo el sumo sacerdote puede pisar una vez al año, durante la fiesta de la Expiación, para quemar incienso en honor a su dios y pronunciar, casi en susurros, el verdadero nombre de Yahvé.

—Todo varón israelita, desde el momento en que cumple los trece, está obligado a visitar el templo una vez al año, preferentemente en Pascua —concluye el traductor Anán sus explicaciones al senador.

—Y yo, cumpliendo escrupulosamente esa ley como si fuera un judío más, debo hacer lo mismo con Jerusalén para garantizar la paz romana ante ese aluvión de agitadores —apunta el prefecto con desagrado.

—No reniegues, Poncio —le sermonea Cornelio de buen humor—. Este lugar merece la pena. Lástima que no podamos entrar al santuario.

—Nada te pierdes, porque dicen que es un espacio vacío, sin una mísera imagen de su dios. Pero, si tanto te gusta el sitio, habla con Tiberio y te cedo gustoso el puesto. No aspiro a perpetuarme en esta maldita tierra. Lo que quiero es volver pronto a mi Caere natal y envejecer tranquilamente allí, junto a mi esposa, ya que los dioses no han querido darnos hijos.

—Me temo que no es tu Caere lo que añoras. Recuerda a Salustio: «Cuando por fin regresas a tu tierra, descubres que no era tu vieja casa lo que echabas de menos, sino tu niñez.» Y la niñez no regresa, querido amigo. Deberías leer más a menudo a nuestros pensadores.

Pilato piensa que bastante tiene con cuidar de los intereses de Roma en un rincón tan incómodo como para dedicarse a pensamientos ajenos. Además, Salustio fue un historiador, y ya se sabe que los historiadores cuentan los

hechos e interpretan su propia experiencia según sopla el viento que les paga. Se pregunta qué podría contar de él un futuro Salustio, si es que a alguien se le ocurre algún día poner su nombre en un pergamino, más allá de los obligados documentos oficiales propios del cargo. Pero no es momento de debatir sobre nostalgias infantiles ni especulaciones acerca del porvenir; además, siempre ha preferido afirmar bien sus pies sobre la tierra y vivir el momento presente.

—Es la secta saducea —ilustra Pilato a su pasmado huésped para desviar el tema de conversación— la que reúne a los más ricos e influyentes judíos, la responsable del culto, como lo es de la mayoría de los negocios que prosperan a sus expensas.

Cornelio ya ha tenido ocasión de calibrar esos negocios. En torno al templo, tanto en los ámbitos porticados que delimitan la gran plaza como en las proximidades del sagrado edificio, proliferan las transacciones. Buena parte de los puestos se dedican a la venta de animales para los sacrificios, y dos turnos diarios de culto, por la mañana y por la tarde, dan para mucha ofrenda, mucho beneficio para quien tenga hábil mano comercial ante la continua demanda de aquellas piadosas gentes. También se vende incienso y otras hierbas aromáticas, y productos del campo, que ese Yahvé parece recibir de tan buen grado como recibe la sangre de corderos o palomas, mucho más caros de adquirir. No faltan las mesas de cambistas, porque la tasa del templo debe ser pagada con siclos de Tiro, la única pieza que no incluye imágenes humanas. Y aquellos comerciantes se embolsan la poderosa moneda del Imperio, los denarios de plata, a cambio de piezas menores sin blasfemas imágenes del César en su anverso.

—Buen negocio parece —estima el senador.

—Desde luego. El negocio del pecado es muy rentable, y especialmente aquí, porque todo judío que peca debe primero arrepentirse y presentar luego su ofrenda purificadora en el templo. La culpa genera ingresos.

—Y dices que todo esto pertenece a los saduceos.

—Casi todo. Y lo que no es de su propiedad, debe contar con su aprobación para el uso de estas instalaciones.

—El sumo sacerdote estará satisfecho. Me dijiste que Caifás es saduceo.

—No podría ser de otra manera. El templo es casi patrimonio de esa secta; minoritaria, pero poderosa, y la más fiel colaboradora de Roma en esta tierra. De haber nombrado a un fariseo, habría provocado un conflicto innecesario. Aunque siempre hay disgusto entre unos y otros, por mil y una diferencias sobre sus ritos y liturgias; el último, motivado por aquellos puestos que puedes ver en la misma puerta del templo. Los fariseos no le perdonan a Caifás que haya autorizado su ubicación en lugar tan sagrado.

—Pues a mí me parece de lo más inteligente, porque esos comerciantes atraen muchos más clientes que los otros.

—Desde luego, aunque Caifás argumenta que ha sido por favorecer a los peregrinos... Mira, ya que lo hemos mentado, por allí viene.

El senador sigue las indicaciones de Pilato para observar la llegada de un grupo de media docena de hombres que desde el templo se les aproxima a paso vivo. Todos parecen siervos salvo uno, el que encabeza la comitiva, alguien que aparenta al menos sesenta años, vestido de lujosas hopalandas negras enriquecidas con hilos de oro y tocado por un llamativo gorro de similares características

cromáticas que realza la solemnidad de su barba blanca.

Caifás parece muy incómodo, y tan irritado que Pilato necesita la ayuda del traductor Anán para comprender su primera frase, lanzada como un dardo en un cerrado arameo.

—Dice que no deberías haber venido.

El prefecto esboza una sonrisa. Una sonrisa falsa, naturalmente, porque él no acepta órdenes de nadie, y menos de un judío. Pero al menos es una sonrisa, un gesto que pretende aparentar cierta complacencia, un camino abierto hacia el diálogo.

—Éste es el patio de los gentiles —responde con parsimonia para ser entendido, y utiliza tanto el latín como el pobre griego que la vida le ha enseñado, porque de arameo apenas conoce una docena de frases hechas—. Somos gentiles y nos comportamos con respeto.

—Pero tu escolta... —Caifás abandona la lengua de sus padres para evitar el incómodo intermediario, y habla ahora en un latín bastante inteligible. Su mano ha quedado paralizada en el aire, señalando al medio centenar de hombres que guardan las espaldas del prefecto.

—Vamos, Caifás, esta explanada es tan grande que ni una cohorte entera llamaría la atención. Hemos llegado por las murallas, directamente desde palacio, para no causar la menor inquietud en las calles —argumenta Pilato, aun a sabiendas de que poco le importa el recelo que sus hombres puedan provocar y que lo ha hecho como medida de seguridad. Aquella muralla interior, a modo de viaducto al aire libre, une el palacio de Herodes con el templo a través de un acceso exclusivo que el viejo rey utilizaba para evitar mezclarse con su pueblo. Y él ha empleado ese mismo trayecto para plantarse en el templo sin necesidad de explicaciones ni anuncios.

—Las armas, prefecto, no son bien vistas aquí.

—¿Y no las llevan los guardias del templo? Mis hombres ni siquiera tienen lanzas y escudos como ellos, sólo humildes gladios bajo la capa. No debes preocuparte. Mi amigo Cornelio está impresionado por vuestro sagrado recinto: daría un brazo por poder entrar allí.

—Ya sabes que eso no es posible. Ni siquiera tú has traspasado esa barrera. Lo hizo Pompeyo el Grande, hace casi cien años, y su cabeza rodó por las arenas de una playa de Egipto.

Pilato responde con una sonora carcajada.

—Como murieron luego Metelo Escipión, Catón el joven y otros muchos que jamás habían pisado estas tierras —apunta el prefecto sin poder contener la risa—. Al igual que ellos, Pompeyo tenía un enemigo más poderoso que tu dios, un enemigo que se llamaba Julio César.

—El Señor hace justicia a su modo, aunque tú no lo comprendas. Quizá por eso provocas a mi gente sin necesidad.

—¿Tu gente? Hablas casi como un rey, Caifás. Te pareces al tetrarca Antipas.

—No es mi intención, prefecto. Y si no lo tomas por ofensa, te diré que también a él le provocas.

—¿En qué provoco a Antipas?

—Lo humillas con órdenes que aparentan ser consejos, para que tome decisiones que sólo a él le corresponden en Galilea.

Pilato dedica al sumo sacerdote una mueca de recelo. Le da la impresión de que ese hombre sabe más de lo que dice, de que en aquella tierra turbulenta las paredes, los campos, las nubes tienen oídos demasiado agudos para su gusto. Interroga a Caifás con los ojos, unos ojos que han

perdido ya su cortés disimulo para mostrarse en su verdadera catadura de juez implacable.

—Ese que llaman el Bautista es responsabilidad de Antipas —confiesa al fin Caifás, tragando saliva.

—Aunque tenga un tetrarca al frente, Galilea es tan provincia del Imperio como lo es Judea —brama el prefecto—. Y no voy a hacer dejación de mi autoridad cuando veo el peligro que se cierne sobre ese pelele ciego y complaciente. Si hubiésemos actuado con eficacia en su día, el nombre de Judas de Gamala nunca habría sido conocido.

Pilato suelta un bufido y gira sobre sus pasos en dirección a la salida. Enseguida queda oculto a los ojos de Caifás por los hombres de su escolta. El sumo sacerdote permanece quieto en medio de la explanada. Le palpita el corazón con tanta violencia que siente las sienas a punto de estallar. Al fin se pone en marcha, aunque le tiemblan las piernas y sus pies dudan cada vez que se posan sobre el suelo. En más de diez años ocupando tan sobresaliente honor, que significa además la presidencia del Gran Sanedrín de Jerusalén, ha vivido muchas situaciones desagradables, casi todas relacionadas con la ocupación romana, pero lo que acaba de suceder casi ha superado todo lo precedente.

Caifás se tiene por hombre piadoso y razonable, un patriota cumplidor de la ley de Moisés y vigilante del bien de unas gentes cuya fe le ha sido encomendada. Su nación está sometida a continuos vaivenes provocados por los imperios dominantes, y sabe que de esa relación de fuerzas depende la libertad de Israel, como es consciente de que los judíos son demasiado débiles como para sacudirse por sí solos el yugo que ahora soportan sus hombros. De nada sirve irritar a los opresores, y es pre-

ferible esperar momentos propicios para, con la ayuda de Yahvé, recuperar la antigua independencia y la pujanza como pueblo. Para conseguirlo, debe manejar ambas manos: la derecha cuando las circunstancias vienen de cara, la izquierda en caso contrario. Flexibilidad, diplomacia y realismo han sido siempre sus lemas, pero hoy no ha podido callar, su mano izquierda no ha existido ante la blasfemia de ver soldados romanos armados en suelo sagrado. Y su lengua ha ido más allá de lo aconsejable al reprochar al prefecto un acto que su proverbial discreción habría evitado mencionar en circunstancias normales.

Cuando entra en la sala del Sanedrín, el rostro de Caifás ha mudado el escarlata de indignación por un lustre de palidez que no pasa inadvertido a sus más cercanos colaboradores. Sadoc, un joven fariseo que le asiste a menudo como ayudante en tareas secundarias de la asamblea de notables, se interesa por su estado, y éste comenta su desagradable encuentro con el prefecto y su guardia armada. Pero antes de que aquél pueda expresar con palabras su indignación, Caifás se le adelanta:

—No eran rumores lo del Bautista.

—Mal asunto para Antipas tener que actuar contra su propio pueblo —se lamenta Sadoc uniendo sus pasos a los del portador de tan preocupante noticia, que camina sin detenerse hacia la biblioteca.

—No le queda otro remedio si quiere seguir gozando del favor de Roma.

—Razón tienes, Caifás. —Quien interviene es Cuna, un escriba, un doctor de la ley mosaica nacido en la diáspora de Alejandría que ha sido sorprendido en su mesa de trabajo entre documentos y lámparas de aceite por los recién llegados—. Los griegos decimos que es difícil servir a dos amos.

—¿Dos amos? —replica el aludido—. No te olvides de que fue Herodes, el padre de Antipas, quien arrebató el trono a los macabeos. Y el Bautista es descendiente macabeo, o al menos esa herencia reclama, no sé si por la sangre o por el espíritu. De modo que Antipas tiene que odiarlo, y ninguna fidelidad debe a ese predicador por muy galileo que sea.

—Sólo a Roma se debe —acepta Cuna, y Caifás asiente.

—¿Debemos intervenir? —tercia Sadoc—. A fin de cuentas, Antipas es más nuestro que Pilato.

—Poco puede hacer el Gran Sanedrín de Jerusalén, ni el Sanedrín de cualquier ciudad de Israel, si el prefecto ha considerado al Bautista un enemigo del Imperio —objeta Caifás—. Y tampoco hará mucho Antipas. Creedme: es mejor que muera un hombre que todo un pueblo.

—Las sinagogas también se llenan de gente estos días anunciando el fin de los tiempos o la llegada del Reino —apunta el joven fariseo.

—Eso es lógico cuando se acerca un cambio de era. —Cuna se ha incorporado y se dirige hacia una de las estanterías adosadas a las paredes, en busca de algún rollo que avale su afirmación—. Como sucede cada dos mil años.

—Si no me equivoco, en breve entraremos en la de Piscis —secunda Sadoc.

—Ay, Cuna, tú y tus astrólogos... —protesta el sumo sacerdote con benevolencia—. Sí, señor, Piscis. El pez. Me pregunto qué tendrá que ver esa afición a perseguir estrellas y augurios celestes con Dios.

—Son tiempos propicios para la confusión, Caifás. Él así lo quiere.

—Demasiado largo es nuestro tiempo de confusión y desgracia para venirnos sólo de los cielos.

Felipe y Bartolomé son hombres de temple, forjados en el peligro, de esos a los que la palabra miedo les suena tan pecaminosa como una blasfemia contra Yahvé. Seguir al Bautista durante varios años ha alimentado su valor y les ha proporcionado arrojo suficiente como para arriesgar la vida, si fuera necesario, por la pronta llegada del Reino. Sumidos en una casi absoluta oscuridad, apenas violada por la pobre llama de un candil, ambos están poseídos ahora por la inquietud. No es miedo, sin embargo, lo que sienten, sino un cosquilleo fruto de la espera y de la sospecha.

Han sido citados en una mugrienta chabola de una aldea perdida en Samaria y hace horas que aguardan vanamente a un interlocutor de quien desconocen casi todo, excepto que se llama Judas y que pertenece a esa particular familia de los sicarios, gente sin patria ni amo que odia a Roma tanto o más que ellos, pero capaz también de rebanarle el cuello a un piadoso judío, si con su crimen obtiene algún beneficio.

La noche y el silencio son tan cómplices de la memoria como la inactividad, y sus recuerdos se revuelven como un zorro atrapado en el cepo para revivir las últimas jornadas y los acontecimientos que les han llevado hasta aquella especie de pocilga tras varios días de marcha. A Felipe le vienen a la cabeza muchas voces, entre ellas las de las mujeres de su asentamiento en Galilea, que, tal como han aprendido desde niñas, se reúnen apartadas de los hombres para rezar los salmos, especialmente uno que reclama a los cielos el envío de un salvador:

—Míralos, Señor —resuena el coro femenino en la memoria de Felipe—, y suscítales un jefe, un hijo de David, para que reine en Israel tu siervo... Rodéalo de fuerza, para quebrantar a los príncipes injustos, para purificar a Jerusalén de los gentiles que la pisotean, destruyéndola. Para aniquilar a las naciones impías con las palabras de su boca, para que ante su amenaza huyan los gentiles de su presencia... Él reunirá un pueblo santo al que conducirá con justicia. No permitirá en adelante que la injusticia se asiente entre ellos, ni que habite allí hombre alguno que cometa maldad. Los dividirá en sus tribus sobre la tierra; el emigrante y el extranjero no habitará más entre ellos; juzgará a los pueblos y a las naciones con justa sabiduría.

Pero entre todas ellas, entre las voces recientes que el pensamiento de Felipe rumia en silencio, sobresale una: la de Juan, el mozalbete que sigue al nazir Jesús. Es una voz infantil, sin la prestancia ni convicción que se le supone a todo hombre celoso de la ley de Moisés. Juan está sentado frente a un fuego bien nutrido; ante él, al resguardo del fresco de la noche, bajo las antorchas y en torno a varias hogueras, un largo centenar de hombres, con sus mujeres y niños, escuchan su lectura de los Libros de los Macabeos:

—Mientras estaban en lo más recio de la batalla —declama Juan con la dificultad de quien no domina el hebreo, la lengua sagrada en que están escritas las palabras divinas—, los enemigos vieron aparecer en el cielo cinco ángeles montados en caballos con frenos de oro que se pusieron al frente de los judíos. Dos de ellos cubrieron al macabeo con sus armas guardándole de recibir daños. Y todos lanzaban dardos y rayos contra sus enemigos, que, heridos de ceguera, iban cayendo por tierra y se desbandaban en desorden.

Acogido por un impresionante silencio, Juan había tomado un segundo rollo para relatar la victoria macabea sobre Lisias:

—Cerca de Jerusalén, mientras todos marchaban con ánimo decidido, un caballero vestido de blanco apareció al frente de ellos agitando una armadura de oro. Todos juntos bendijeron al Dios misericordioso y se animaron, dispuestos a atacar no sólo a hombres sino a fieras, y a penetrar hasta por muros de hierro. Así marchaban en orden de batalla con su aliado celeste a la cabeza, señal de que el Señor se había compadecido de ellos.

Y cuando el mozuelo calló, recuerda Felipe, su maestro Jesús, puesto en pie, había tomado la palabra para dirigirse a un gentío que se alborotaba con cada una de sus frases:

—¡Somos el pueblo elegido por el Señor! Igual que mandó a sus ángeles contra los ejércitos de Antíoco hace ciento sesenta años, lo hará ahora contra los romanos. Dios combatirá por nosotros. Matatías y sus hijos Simón, Jonatán y Judas Macabeo devolvieron al pueblo de Israel su dignidad y su entereza. Permaneced, pues, unidos en Yahvé Adonai. Él instaurará su Reino y la paz vendrá sobre nosotros.

Felipe había observado de cerca los ojos del Bautista durante la prédica del nazir. Sus pupilas brillaban, y no como reflejo de las llamas que tenía enfrente, sino que parecían poseer una brasa propia que se inflamaba de luz, la luz de la fe y de la complacencia en su discípulo predilecto. Una vez que éste acabó de hablar, el Bautista, sin levantarse, les interpelló:

—Por eso yo os digo que el que tenga dos túnicas, dé una al que no tiene, y el que tiene para comer que haga lo mismo. Arrepentíos de vuestros pecados antes de que la

ira de Dios se os venga encima. Aquel que entienda estas palabras no conocerá la muerte.

Felipe no tiene dos túnicas: apenas se cubre con un retal remendado, pero hasta ese mismo harapo sería capaz de entregar si el Bautista se lo pidiese. Y como él, cada uno de los que siguen al venerable profeta. Está seguro de ello. Así que tampoco iba a negarse a la delicada misión que esa noche les había encomendado a Bartolomé y a él mismo.

—Ahora, hijos míos —les habló con paternal afecto—, mostraos celadores de vuestra fe y ofreced la vida a Dios si fuera necesario. Volved pronto y que vuestro brazo sostenga la espada con la que ayudaréis al Señor para que abra las puertas del Reino. Él quiere un corazón dispuesto. Mostrad vuestra voluntad.

—Maestro —respondió Felipe, henchido de valor—, encontraremos a ese sicario y conseguiremos las armas. Si de nosotros depende, pronto Yahvé Adonai nos devolverá la libertad. ¡Alabado sea el Señor!

Cuando inclinó la cabeza y el Bautista le impuso sus manos sobre ella, los cabellos se le erizaron como púas de espino. Seguramente su compañero había sentido algo parecido, pero Felipe todavía puede revivir esa misma sensación con sólo pensar en el momento de la despedida:

—Felipe, Bartolomé, id de Su mano.

De la mano del Señor han caminado de sol a sol durante varias jornadas para llegar a un lugar que parece el límite del mundo, un lugar donde, al menos, no deben temer un encuentro con patrullas romanas, porque los samaritanos tienen bien ganada fama de dóciles colaboradores de los invasores, y éstos no suelen molestar aquellas tierras con su repulsiva presencia más de lo que consideran imprescindible.

Bartolomé dormita a su lado, y ni siquiera el ruido de cascos en la lejanía le rescata de su sueño. El paso de la cabalgadura es lento, como si avanzase con miedo, o tal vez con la intención de no ser advertida. Pero no hay duda de que ese rumor seco lo provoca la percusión de unas pezuñas sobre la tierra. Felipe se incorpora para asomarse a la puerta, un agujero que a duras penas permite el acceso de una persona erguida y cuyos goznes perdieron la hoja de madera hace muchos años. Desde allí, el débil fulgor de una luna aprisionada entre nubes le permite ver la silueta, poco más que una sombra que se aproxima penosamente cuesta arriba. Parece ser un hombre a lomos de un asno, tal vez de un mulo.

Felipe apaga el candil y agita el brazo de su compañero, que se despierta sobresaltado, aunque mantiene la boca callada. Ambos acuden a la puerta para observar a cubierto la llegada del visitante.

—¿Será él? —susurra Bartolomé para rebajar la tensión.

—¿Y quién va a ser? A nadie más se le puede haber perdido nada por aquí, y menos de noche.

La sombra llega por fin a pocos pasos del chamizo, desmonta de su mulo y se echa al hombro unas alforjas. Con la naturalidad de quien pasea por su propia casa, dirige un despreocupado saludo a la pareja, se disculpa por el retraso y demanda de buenos modos un poco de luz antes de incorporarse al estrecho cubículo. Una vez que todos pueden verse las caras, se identifica y se acomoda como puede entre los escombros. Es un hombre de mediana edad, parecida a la de ellos, y por su catadura, atuendo y maneras nadie diría que pertenece a la despreciable secta de los sicarios. Judas extrae de su alforja un pequeño odre de vino que ofrece a los discípulos del Bautista. Barto-

lomé acepta, pero Felipe rechaza de momento la invitación.

—Me dijeron que os manda Jonatán —comenta el recién llegado tras su primer trago.

—Es Juan, el Bautista, a quien seguimos —responde Bartolomé—. Pero Jonatán está con nosotros.

—Bueno, tanto da. Lo que vayáis a hacer con las armas no me importa. Ni el que vayan a ser utilizadas en el nombre de Dios les rebaja el precio. Ya sabéis su valor. Si podéis pagarlas las tendréis para la Pascua.

—Deben ser espadas más ligeras que las romanas para poder esconderlas —puntualiza Felipe.

—Serán lo que escupan las forjas clandestinas.

—No mientas, Judas —le reprocha Bartolomé con decisión—. Sabemos que las armas que vendes son restos de las últimas guerras.

—Habrá de todo. Pero tenéis que pagarme una parte por adelantado y el resto antes de la entrega.

—Así se hará. —Felipe le lanza una bolsa de monedas que Judas atrapa en el aire. Comprueba éste su contenido y hace un guiño satisfecho antes de ofrecer de nuevo su vino como gesto de ratificación del acuerdo. Esta vez es Felipe quien bebe en primer lugar—. Os avisarán cuando estén listas. Seguramente nos veremos en Judea.

Durante la noche, el viento ha silbado sin cesar entre las peñas, y es ahora un cierzo racheado que por momentos amenaza con transformarse en vendaval. La corriente provoca repentinas turbulencias que reúnen en un mismo remolino la pálida arena y algunas ramas secas arrancadas al pobre techado de las chozas del enclave donde se refugian los seguidores del Bautista. A pesar de ello, varios de éstos practican entre la nube de polvo con

sus armas de madera, mientras un par de mujeres se afanan en poner a buen recaudo en las cuevas los utensilios rescatados de los brazos del súbito torbellino.

El profeta tampoco teme al viento, pero aprovecha el socaire que les brinda una hendidura en la piedra para disipar las dudas de Jesús. No es la primera vez que lo hace. En los últimos tres años, el hijo del carpintero se ha convertido en su más fiel confidente, en el único ser, aparte de Yahvé y las alimañas del desierto, con quien comparte esperanzas y temores. Con ninguno de sus discípulos, ni siquiera con los más antiguos, ha llegado a tan estrecha familiaridad. Ya desde el momento en que lo conoció, Juan había quedado cautivado por la fe y la fortaleza de ánimo de aquel hombre, pero además de estas raras virtudes, el Bautista había descubierto en él un alma de tan pura inocencia que bien podría pertenecer a un niño, y que se manifestaba siempre que acudía en demanda de sus consejos.

—¿Cuándo, maestro, llegará el reino de Dios?

—No lo sé. Él solamente me ha revelado el lugar donde sus ángeles descenderán de las nubes armados con espadas de fuego.

—¿Y dónde será?

—En Jerusalén. En el templo. —Juan reflexiona sobre sus palabras, como si necesitara justificarlas con sólidos argumentos—. El macabeo y los que le seguían, protegidos del Señor, recobraron para Él el templo y la ciudad. Demolieron el altar que los gentiles habían erigido y también los santuarios de sus ídolos.

—Es necesario purificar el templo.

—Así es. Ni Él ni sus enviados posarán su pie en suelo tan infecto como el que hoy rodea a su casa en la tierra.

—Tú lo harás. El Señor escuchará tu ruego. No puede ignorar tu oración.

—¿Yo lo haré, dices? —El Bautista esboza una sonrisa triste—. En seis o siete días cualquiera de vosotros llega a Jerusalén. Pero yo tardaría una eternidad.

—Cargaremos contigo si es preciso. Te conduciremos al templo y allí llamarás al Señor.

—Ya estoy viejo, Jesús, y no resistiría ese viaje. Sólo sería un estorbo. Eres mi discípulo amado, así que serás tú quien acompañe a los hombres como nazir cuando el Señor lo decida. Tú darás sustento a su espíritu y elevarás nuestra súplica a Yahvé Adonai.

—Maestro, no estoy seguro de saber escuchar a Dios y transmitir a mis hermanos sus palabras.

—Conoce lo que está cerca de tu cara, y lo que está oculto te será desvelado, porque nada hay escondido que no llegue a ser manifestado.

—Mi propia cara, a veces, me resulta tan desconocida como el futuro.

—No para mí, Jesús. En ella veo la verdad. Tal vez algún día te conviertas en el mesías, en el ungido que espera el pueblo de Israel, aquel que nos traerá el Reino.

Jesús se estremece ante la opinión de su maestro. No es la primera vez que escucha palabras parecidas. Meses atrás, durante una de sus predicaciones anunciando la inminencia del reino de los Cielos junto al lago de Genezaret, parte de sus enardecidos oyentes quiso proclamarlo rey y hubo de escapar de allí a toda prisa para evitar verse mezclado en un proceso cuyo desenlace le parecía más que confuso. Él nunca ha pensado que una cosa así tenga visos de hacerse realidad; ni siquiera lo desea: le basta con repetir más o menos lo que anuncia el Bautista, y que sea Yahvé quien marque el camino y decida. Él sólo es un siervo de Dios, y así lo mantiene públicamente, defendiendo ante todos la humildad frente a la soberbia, la

pobreza ante el derroche, la justicia frente al privilegio, la libertad contra la opresión.

—Eso no es posible, maestro —rechaza Jesús—. El mesías, el libertador de Israel, debe ser ungido por el sumo sacerdote...

—Y así será cuando el Reino venga a nosotros y tan sagrado título recaiga en alguien digno y temeroso de Dios. Los levitas son perros falderos de Roma, y protectores además de ladrones y usureros que exprimen al pueblo en cuerpo y alma, así que de momento yo encarno ese sacerdocio, porque hablo en nombre del Señor. Y te purifiqué con el bautismo que perdona los pecados para que dirijas a los nuestros. Lo que después suceda, en sus divinas manos está, y no en las tuyas ni en las mías.

—Estas gentes te siguen a ti. Son tus discípulos.

—Discípulos que te seguirán a ti con igual lealtad. He hablado con los más piadosos, y ya te aceptan como lo que eres.

—No sabré entender, como tú, la palabra de Dios.

—Recuerda a Elías en el Horeb: escucha al viento, Jesús, que nos trae la voz del espíritu del Señor.

El viento llega ahora de poniente, y los gritos del vigía que corre desde el río se pierden en el agua por mucho que se desgañite para ser oído por sus compañeros. Una partida de jinetes, dirigida por el centurión Munio e integrada por soldados romanos y mercenarios de Antipas, galopa a contraviento, da alcance al centinela y éste queda atravesado por una lanza entre los matorrales de la orilla. En unos instantes, los soldados se presentan en el asentamiento y cargan contra cuantos hombres hallan a su paso; algunos intentan defenderse con sus precarias armas de madera, que saltan convertidas en astillas ensangrentadas; otros corren despavoridos hasta las cuevas,

hacia el desierto o en dirección al río. La desigual batalla dura apenas un suspiro, y los jinetes olvidan enseguida los muertos y malheridos para dirigirse hacia el único grupo que queda en pie en torno al Bautista, al que se ha sumado el joven Juan, que busca la protección de su maestro Jesús. El centurión se destaca de sus hombres y elige a éste como interlocutor:

—¿Eres tú Juan, al que llaman el Bautista?

Jesús está paralizado por la sorpresa y ni siquiera presta atención a la pregunta. Su único interés está en los cuerpos de sus hermanos tendidos en la tierra, en los lamentos de los heridos que reclaman ayuda. Antes de que el nazir pueda darse cuenta de lo que sucede, el viejo profeta avanza unos pasos para colocarse delante de él en un intento de protección y se identifica:

—No es él. Yo soy Juan.

Munio hace una señal a los hombres de Antipas, y dos de ellos desmontan para maniatar con una soga al Bautista. El centurión, desde su cabalgadura, le anuncia los cargos:

—El prefecto Poncio Pilato ha ordenado tu detención. Quedarás bajo la custodia del tetrarca en Maqueronte mientras deciden qué hacer contigo. Roma no perdona a los sediciosos.

Los soldados atan el extremo de la cuerda que liga al Bautista a la silla de un caballo. Jesús, enfurecido, avanza hacia el centurión y esgrime en el aire su cayado, aunque su voz expresa más una razonable protesta que una amenaza:

—Es demasiado viejo para ser tratado así. No llegará vivo a Maqueronte si le obligáis a caminar tras un caballo.

—Tal vez no necesite ni caminar. —La carcajada de Munio retumba en el barranco—. Bastará con arrastrarlo.

—¡Malditos del Señor! —grita Jesús, y el eco de su voz ahoga en la piedra el de la risa del romano—. Que la sangre de ese hombre justo caiga sobre vosotros durante cien generaciones.

—¡Tendríamos que mataros a todos ahora mismo! —Munio señala con su gladio a cada uno de los presentes en gesto intimidatorio—. Pero basta por hoy, no queremos mártires. Aceptad mi consejo y regresad a casa con vuestras familias. Y no alcéis la espada contra el imperio, porque os cortaremos primero el brazo y después la cabeza, para que se la coman los carroñeros.

Los jinetes se ponen en marcha a paso calmo. El Bautista gira el cuello para buscar quizá por última vez los ojos de Jesús. Y en la silenciosa despedida de ambos se funden el imperativo y el ruego, una orden y una súplica que al nazir se le antoja excesivamente pesada para sus hombros. Juan, el joven discípulo, llega temblando a refugiarse en sus brazos, pero ni siquiera esa fiel cercanía consuela a Jesús de la soledad que acaba de anidar en su pecho con la firme decisión de quedarse allí alojada para siempre.

Antes de sumarse a su comitiva de muerte, el centurión arroja a los pies de los reunidos un trozo de madera pulida, el botín arrebatado a alguno de los hermanos mártires. Y en sus palabras se adivina tanto desprecio como burla:

—Procurad que la próxima vez vuestras espadas tengan un poco más de filo.

María amasa pan, en pie frente a una mesa. Rut, la esposa de Jacobo, ocupa un taburete para aliviar un poco las molestias de su avanzado estado de gestación mientras

lava ropa en un balde de barro elevado sobre un escabel. Al fondo, sobre la lumbre, cuelga un caldero humeante que desparrama entre las cuatro paredes un inconfundible olor a nabos y cebolla. Desvencijadas baldas de madera que pretenden ser una alacena se acoplan en los vanos de la pared opuesta, donde conviven recipientes con dátiles, higos, miel y unas pocas alubias. Allí, arrinconada entre los utensilios, reposa la vieja espada de José, comida por la herrumbre, y casi desgastada por el tiempo y la humedad su empuñadura de cuero rojo. Poco más que eso y un par de pequeños arcones hay en la habitación, una estancia humilde de piedra sin argamasa y desprovista no ya de lujos, sino de muchas de las comodidades con que cuentan las casas de alrededor y que los vecinos considerarían imprescindibles.

María y su nuera conversan entre el ir y venir de ésta para tender en el patio la ropa recién lavada. La pronta boda que sus primos celebrarán en Caná ocupa buena parte de sus charlas en las últimas semanas. No tienen muchas ocasiones de disfrutar de acontecimientos tan novedosos y gratos como unos esponsales, y su afán por recomponer en lo posible el pobre ajuar que guardan en el arca les ha llevado horas de ingenio y trabajo con hilvanes, cosidos, adornos y zurcidos. Total, para parecer lo que son, gente humilde que intenta simular una cierta dignidad en el vestir que no ofenda a sus parientes en episodio tan señalado.

—Espero que acudan Jesús y Jacobo —apunta Rut.

—¡Estos hijos míos! —reniega su suegra—. Mira que han visto morir a su padre a manos de los romanos y no tienen mejor idea que seguir viviendo como alimañas.

—Estoy segura de que Jacobo hará recapacitar a Jesús.

—No esperes mucho de ese intento. Aunque es cier-

to que desde pequeño Jacobo, tu marido, ha sido más sensato que Jesús. Pero los dos han salido a su padre, que en mala hora cambió la carpintería por la espada.

—Por el reino de Dios, dicen.

—Por el reino de la miseria, digo yo. Cuatro varones le di a José, y dos mujeres, y todos andan desparramados por el mundo persiguiendo a la muerte, cada uno a su manera.

—Jacobó volverá para quedarse, madre, yo lo conozco bien. Es justo y temeroso del Señor, y me ama y desea este hijo que llevo dentro con la misma ilusión que yo lo deseo. Todo nos irá mejor con un hombre en casa.

—Otra mujer en casa es lo que necesitamos, hija. —Rut escucha sorprendida, sin saber muy bien a qué atenerse—. Sí, no me mires de ese modo, que no estoy desvariando. Una mujer que sujete a Jesús, que le haga sentir lo que es el amor, como tú amas y sujetas a Jacobo.

—Tienes razón, madre. El corazón de Jesús está despegado de las cosas terrenales. Si el Señor dispusiera para él una compañera...

—Aunque, si te soy sincera, tampoco en eso confío. Mira a José, su padre, con seis hijos y una esposa, y acabó como acabó. No pude sujetarlo.

—Pero nunca os abandonó.

—Sí, es cierto. Un hombre puede buscar la muerte solo o acompañado. En todo caso, siempre es mejor tener alguien con quien compartir penas y delicias. Y Jesús está demasiado solo.

—No creo que haya muchas jóvenes dispuestas a seguir su forma de vida. Sin un hogar, siempre de un lado para otro...

Así, de un lado para otro, piensa María, había vivido ella una vez que el veneno de Judas de Gamala penetró en

las venas de su esposo. De un matrimonio feliz y una vida desahogada habían pasado a parecerse a aquellos antepasados de los que hablaban los rabinos en la sinagoga, gente siempre errante, sin un hogar donde reposar la cabeza, pariendo hijos casi a campo abierto, como las cabras. De esposa de un artesano acomodado a prófuga en su propia tierra. De plácida madre, a hembra protectora de unos cachorros en constante peligro de muerte por el hambre y las fieras que rondaban. No, no era ése el futuro que ella se auguraba cuando accedió al matrimonio. Había amado a José hasta el final, y porque lo amaba había seguido sus pasos sin rechistar. Porque José era hombre justo, intachable esposo, tierno amante y buen padre, tanto para sus propios hijos como para los ajenos. Pero una vez muerto él, y de forma tan arbitraria, ¿no tenía ella derecho a la paz? ¿No era justo buscar para sus hijos una existencia sin sobresaltos? Eso le pidió a Dios entonces, y no la oyó. Tampoco ahora la escucha, aunque María no cree que sea exigirle demasiado una vida similar a la de cualquiera de sus vecinos: un trabajo que permita ganarse el pan de forma honrada, mantener una casa digna, ver crecer medianamente felices a sus hijos y nietos y morir por fin entre los suyos cuando llegue el día dispuesto por Yahvé. Pero no, Yahvé lo decide todo por sí mismo al margen de sus deseos, y la angustia que ella lleva dentro tiene para Él menos valor que un grano de comino.

—Una mujer sin futuro —musita María, como si fuese una plegaria que brotara por sí misma de sus íntimas reflexiones—, eso necesita Jesús. Pero ¿puede existir en la tierra algo parecido?

Rut se encoge de hombros. Desde luego, ella no es así. Sólo aspira a que su esposo regrese para quedarse en el

hogar que ambos elijan, y ser feliz a su lado, y darle cuantos hijos el Señor tenga a bien mandarles. Y eso es todo un futuro.

Las gallinas cacarean alarmadas en el patio, y la pareja se asoma a la puerta para recibir con alborozo la llegada de Jacobo. Aunque sudoroso y cubierto de polvo, éste se entrega con evidente afecto al reencuentro, se interesa por el vientre de Rut y por fin ofrece a su madre un talego que porta al hombro. María extrae su contenido sobre la enharinada mesa con grititos de júbilo a medida que deposita en ella varias verduras y un costillar de cordero.

—Hice algunos trabajos en mi viaje de vuelta —se justifica Jacobo.

María besa agradecida a su hijo, pero la pregunta le quema en los labios:

—¿Y Jesús?

Jacobo no quiere contarle toda la verdad, los planes de su hermano para ir a Jerusalén, y la vinculación de muchos celotas a ese viaje. Su madre no necesita sufrir más de lo necesario, por eso se limita a referirle aquello que, tarde o temprano, llegará a sus oídos:

—Jesús ha hecho votos de nazir de manos del Bautista.

—¿Nazir? —El semblante de María se ensombrece—. ¿Por cuánto tiempo?

—Ya sabes, madre, que Jesús no suele poner límites a sus propósitos.

—¿Vendrá a Caná? —se interesa Rut.

—Me lo ha prometido. Supongo que pronto estará aquí.

—Y tú —insiste su esposa con ansiedad—, ¿piensas quedarte o volverás a irte después de la boda?

Jacobo la estrecha con mimo, e incorpora luego a María al abrazo.

—Éste es el sitio que Yahvé Adonai me marca. No volveré a separarme de vosotras.

El sol está a punto de ponerse. Una luz amarillenta, y tan triste como el ánimo de los presentes, inunda la planicie bajo el risco horadado de grutas. El apresamiento del Bautista y la muerte de varios compañeros en el ataque precedente han minado la moral de unos hombres que dudan sobre su capacidad para conseguir el anunciado advenimiento del reino de Dios. Muchos han prestado oídos a la orden del centurión de regresar a sus casas y olvidarse de actitudes que conducen a una abierta hostilidad contra Roma. Los desertores se cuentan por decenas, y a lo largo del día han protagonizado un continuo éxodo con sus familias, mínimos enseres y animales domésticos. Los más han buscado las orillas del lago de Genesaret donde se alzan sus pueblos y aldeas de origen, pero otros han cruzado el Jordán hacia las tierras de Filipo, el hermano de Antipas, o se han perdido en el horizonte en busca de la incierta protección que pueda ofrecer el desierto.

El ánimo de Jesús no es mucho mejor que el de los que quedan por allí, poco más de un centenar de personas. En él ha resucitado un sentimiento de orfandad similar al vivido cuando su padre cayó muerto en circunstancias muy similares a las sufridas esa misma mañana. Dolor, rabia y una agria impotencia le atenazan, como entonces, la garganta, pero ahora a todos esos demonios se le suma una nueva inquietud. Porque el Bautista, sin ser su padre, ha depositado en él una responsabilidad

muy superior a la que le legó José. Éste, sin explicitarlo, con el sencillo ejemplo de su testimonio diario, le había mostrado un camino que él, en su libertad de niño, podía aceptar como recto o torcido. Pero el viejo profeta le ha señalado con toda claridad la senda, y anunciado además como elegido de Yahvé para llevar adelante los propósitos divinos en la tierra de Israel. Si al menos hubiese podido contar durante un tiempo con sus delicados y sabios consejos, con su decidida voz de trueno, con ese espíritu indomable que posee a su maestro... Pero no: apenas ha tenido oportunidad de escuchar en aquellos labios su cruda herencia y la servidumbre que conlleva, cuando el Señor decide arrebatarlo. Jesús se rebela ante este pensamiento nacido del pesimismo, porque no es Yahvé quien le ha despojado de su apoyo, sino los romanos y ese viejo zorro, Antipas, que cumple a ojos cerrados cada deseo de sus amos.

Su primera petición a los reunidos ha sido una plegaria por los hermanos muertos, un rezo que habrá de repetirse cada día en el lugar donde sus cuerpos reposan a la espera de la resurrección del fin de los tiempos. A ellos se sumará pronto algún que otro desdichado cuyas heridas auguran un desenlace fatal, pero la verdadera preocupación de Jesús está en los vivos, en aquellos que mantienen al menos un ápice de esperanza. Una esperanza a la que a duras penas puede responder él, porque su propia convicción está corroída por el dilema planteado por el Bautista: ¿será en verdad el elegido?

«Estoy perdido —resuenan en su mente las palabras escuchadas tantas veces y leídas en voz alta en la sinagoga—, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito.» ¿Acaso han visto sus ojos al rey Yahvé Sebaot, como le ocurrió al profeta? No,

nunca ha gozado de ese privilegio, y duda sinceramente de que él sea hombre adecuado para conducir a aquellas pobres gentes en nombre de Yahvé. Pero se aferra a la fe en quien liberó a su pueblo de la esclavitud en Egipto. Sus antepasados lo eligieron como dios, y Él, Señor de las batallas, les guió hasta la victoria sobre todos los enemigos.

Jesús quiere creer, necesita creer, cree que Yahvé hará lo mismo ahora, si quienes confían en su Reino se mantienen firmes y unidos en el ejemplo del Bautista. Por eso ensalza públicamente al profeta: es de justicia hacerlo, y da ánimos, además, para fundamentar la buena nueva que éste les ha venido anunciando:

—Os digo la verdad: no hay entre los nacidos de mujer nadie mayor que Juan el Bautista.

—¿Mayor es que Elías y Eliseo? —interroga Tomás.

—Y que Samuel, Daniel, Ezequiel, e Isaías... —asegura Jesús—. Sin embargo, también os digo que el último en el reino de Dios será mayor que él.

—Nazir, ¿qué será de nosotros? —reclama alguien desde el anonimato de la pequeña multitud, que secunda con un murmullo parecida preocupación.

—Escuchadme. —Jesús se esfuerza por aparentar sosiego, en transmitir confianza—. Dicen las Escrituras que ante Dios no hay diferencia entre salvar con muchos o con pocos, porque no depende el triunfo de la muchedumbre, sino que es del Cielo de donde viene la fortaleza.

—Y así es. —El grito de Tomás subraya como colofón las palabras de quien ya considera su nuevo maestro—. Si Yahvé no construye la casa, en vano trabajan los que la edifican. Si Yahvé no custodia la ciudad, en vano vela la guardia.

—Bonitas frases, Tomás —alega otro de los congregados con parecida vehemencia a la de éste—, pero fueron

escritas hace mucho tiempo, cuando Yahvé Adonai amaba a su pueblo, y construía y velaba por sus hijos.

—Él nos enviará a sus ángeles —replica Simón, que se ha mantenido en un discreto silencio para observar con detalle tanto rostro desconcertado.

—¿Y dónde estaban esos ángeles del cielo mientras nuestros hermanos eran degollados? —La pregunta que todos se hacen y nadie se ha atrevido a formular se eleva por fin en el aire, sobrevolando como pájaro de mal agüero cada una de las cabezas. La sombra de la duda se traduce en un clamor interrogatorio, un abejorreo que hace daño en los oídos.

—¡Está escrito! —Con un brío que a él mismo le sorprende, la voz de Jesús se impone a las otras—. El Señor los tragará en su cólera, el fuego los devorará. Roma no escapará de la mano de Dios, os lo aseguro.

—Tal vez suceda así algún día, porque Yahvé Adonai es poderoso —dice alguien con la voz mesurada que dan la experiencia y los muchos años—. Pero hoy somos nosotros, quienes le reconocemos Señor de todo lo creado, los que sufrimos cólera, fuego y sangre, como si Él nos volviera la espalda para favorecer a los gentiles.

—Nosotros padecemos por nuestros pecados —explica Jesús con afecto paternal a quien podría ser su padre—, y si el Señor se irrita por un tiempo, recibimos nuestro castigo y corrección. Pero de nuevo se reconciliará con sus servidores.

En ese momento, un hombre se retira del grupo, y con él su mujer y dos hijos que buscan el resguardo de su espalda para evitar miradas de reproche. A modo de despedida, se dirige a sus compañeros más cercanos, aunque en voz lo bastante alta como para ser escuchado por el resto:

—Podéis seguir recibiendo plácidamente los castigos del Señor. Pero mañana, en cuanto amanezca, yo me voy con los míos a vivir en la tierra que me vio nacer. Está regada con tanta sangre griega y romana como macabea, y dicen que la sangre es buen abono para los campos.

—¡Márchate! —grita Jesús, tan furioso por la nueva deserción como por el menosprecio a los hermanos caídos—. Porque nadie que ara la tierra mirando atrás es apto para el reino de Dios.

Enmudecidos por la sorpresa, todos persiguen con la mirada los pasos de los renegados hacia su cueva hasta que la penumbra se los traga. También Jesús, que se pregunta cuántos de aquellos hombres que siguen sentados frente a él han sufrido la misma tentación, y qué motivos tendrá cada uno de ellos para no levantarse y protagonizar una escena parecida. La fe en Yahvé, se responde, esa misma fe que a él lo sostiene en momentos tan tristes y difíciles como éste.

—Todos sois libres de elegir vuestro camino —dice el nazir, y quienes lo escuchan perciben un hálito extraño en su voz, una solidez que poco antes parecía no existir—. Pero quien quiera seguir adelante niéguese a sí mismo, asuma el riesgo de cada día y sígame, porque quien quiera salvarse solo, morirá, y quien pierda la vida por amor a Dios la salvará. Os digo con toda verdad que algunos de los aquí presentes no morirán sin haber visto antes el Reino.



## Nazareus

Rómpeles, oh Dios, los dientes en la boca,  
quíbrales, Yahvé, las muelas a los leones.  
¡Que se evaporen como agua que pasa,  
que se pudran como hierba que se pisa,  
como limaco que se deshace al andar,  
como aborto que no contempla el sol!

SALMO 58

*Éfeso, c. 85 d.C.*

Juan el Discípulo lamenta haber aceptado la invitación de Lucas. Podía haber elegido entre varios conocidos de la ciudad, que se habrían prestado gustosos a recibirlo tras tantos años de ausencia, pero la curiosidad ha sido más fuerte que cualquier otra consideración al saber que aquel médico que redacta una historia sobre el nazir Jesús lo reclamaba a su lado como testigo excepcional.

Lucas es un hombre respetado por su ciencia y cultura. Además, sabe escribir, algo que no puede decirse de quienes pusieron en pergamino, arcilla o papiro las histo-